

Vuelta de hoja/Aldemaro Romero Díaz

La ciencia como prioridad

Cuando Albert Einstein firmó la famosa carta dirigida al entonces presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, en la cual señalaba de la posibilidad que los nazis pudiesen desarrollar bombas atómicas, la idea no era sólo la de advertir acerca de un terrible peligro, sino también inducir a la clase política norteamericana de tomar el liderazgo mundial en la carrera por dicho tipo de armas.

Uno de los mayores problemas de la sociedad venezolana de nuestros días radica en la falta de liderazgo para alcanzar los grandes objetivos nacionales. El plantearse un reto que conlleva la identificación de unas metas bien definidas poniendo todos los recursos humanos y materiales necesarios para alcanzarlos, parecen prácticas olvidadas.

Entre los muchos objetivos nacionales con los cuales existe virtualmente un completo acuerdo hay cosas como la conservación de nuestros recursos naturales y el progreso de la ciencia y tecnología del país.

Por ello cuando a pesar de dichos consensos -que no por tácitos resultan menos evidentes-, los responsables de la política científica del país que sugieren que la ciencia no debe ser una prioridad nacional, al sentimiento de desconcierto sigue el de abatimiento, y a éste el de ira.

Desconcierto porque no se entiende que se pueda ignorar el consenso nacional en la materia; abatimiento porque no se comprende cómo se puede echar tierra a nuestra más firme esperanza de independizarnos tecnológicamente; ira porque no se explica cómo se puede seguir desbaratando la es-

tructura científico-tecnológica que con tanto esfuerzo y dinero se estaba construyendo en este país.

Y la declaración de que la ciencia no es una prioridad en los países desarrollados no puede sino provocar una risa cínica. Quizás es que algunos piensan que los proyectos espaciales de las superpotencias son, en realidad, simples fuegos artificiales; o que las gigantescas inversiones en biotecnología en los países de Europa Occidental son sólo para producir chicles de mascar; o que la resolución del gobierno japonés de convertirse en la primera potencia mundial en computadoras para 1993 es un cuento chino.

Mientras los responsables de la política científica de este país continúen evidenciando tal miopía, careceremos de visión de futuro y, con ello, de la posibilidad de convertirnos en una gran nación.